

## LOS OBISPOS AMERICANOS Y EL "PACIFISMO"

POR

THOMAS MOLNAR

En el enfrentamiento de Occidente con la Rusia soviética cada movimiento, cada gesto, cada expresión tiene su importancia. Más aún si se trata de la orientación moral y religiosa dada por sus obispos a 50 millones de católicos americanos. Y son estos obispos quienes están a punto de concluir la redacción de una Carta pastoral sobre la Justicia y la Paz cuyo único objeto es analizar la doctrina católica sobre la «guerra justa» con referencia a un posible conflicto nuclear cuyo principal peso recaería sobre los Estados Unidos.

La tercera y última versión de la Pastoral está prevista para junio, tras de que el Papa haya podido estudiar el texto. De momento se está todavía en la segunda versión discutida por la conferencia episcopal en noviembre de 1982, en Washington. Esta ha levantado una tal controversia que la redacción de una última versión se ha hecho problemática. Los episcopados de Francia y Alemania han enviado a Washington sus comentarios, muy críticos; pero, por haber llegado en el último instante, no han podido jugar el papel que ciertos obispos americanos esperaban de ellos. La rapidez estuvo, una vez más, de parte de los soviéticos: la delegación moscovita ha restregado esta segunda versión —que propugna la paz prácticamente a cualquier precio, y el desarme casi unilateral— a los interlocutores americanos en la conferencia sobre el desarme en Ginebra. «Mirad, han dicho a los conturbados americanos, lo que vuestro propio episcopado dice sobre el empleo de los MX y sobre vuestro rearme bajo la presidencia de Reagan».

¿De qué se trata, en suma, en este asunto?

La guerra de Vietnam, durante la cual los obispos americanos nada habían criticado, tuvo sus efectos más tarde en su mentalidad y en su actitud. Esta guerra inspiró a los miembros del clero la idea de que su país representa una de las mayores fuerzas de injusticia en el mundo, en vez de ser, de acuerdo con su vocación, el armonizador de pueblos y el portavoz de los pobres, factor de progreso, de libertad y de democracia. La guerra de Vietnam coincidió también con el final del Vaticano II, y, en otro plano, con el hundimiento de la buena doctrina en la enseñanza de los seminarios. Si, por la diferencia de edad, no ha salido todavía una nueva generación de obispos, de estos seminarios «izquierdizados», al menos un nuevo equipo de clérigos ha tomado posiciones como «expertos» en ciencias sociales y políticas en el seno de las comisiones episcopales. Los propios obispos americanos —y algunos lo confiesan y deploran— se comportan como presidentes de grandes empresas, y eso aumenta el poder sobre ellos y sobre los asuntos en curso de los jóvenes «especialistas» que redactan los documentos que el «patrón» sólo tendrá que firmar.

Si el Vietnam ha iniciado el camino del «progresismo» en la jerarquía católica americana, el Salvador lo ha llevado a término. En las mismas puertas de los Estados Unidos, los pequeños países de la América central se presentan fácilmente como víctimas de las «multinacionales», nuevo nombre del «capitalismo» americano. Paso a paso, con la ayuda de los «mass media», una buena parte del episcopado ha sido sagazmente adoc-trinado. Los proyectos de rearme del presidente Reagan han desencadenado el segundo proceso, el de la denuncia de las armas nucleares, y, por esta grieta, más sutilmente, la condena de las armas y de la propia defensa. Y la gigantesca empresa del pacifismo mundial aborda así al conjunto —poco preparado intelectualmente— de los obispos de Estados Unidos.

Según uno de ellos —y no de los menores— con quien he conversado largamente, cabe distinguir tres grupos en el episcopado de hoy: una minoría de exaltados, una minoría de mode-

rados, fieles al papa, y una mayoría igual y fundamentalmente moderada, pero influible por los *slogans* del día, por «la imagen» que dan los medios de propaganda, por la opinión pública. Nada de nuevo en ello, pues es el esquema habitual en todos los grupos; pero de los detalles de tal situación se desprenden ciertos aspectos de interés. La historia de la «segunda versión» de la futura Carta pastoral evidencia la manipulación sufrida por los obispos y la previsible orientación de un número sustancial de católicos.

La gran mayoría de los obispos no está al corriente de la orquestación que ha precedido a la conferencia de Washington en el pasado noviembre. Entretanto, los «grupos de investigación» se mostraron hasta tal punto activos que el 4 de noviembre, a poco de las elecciones parciales para la renovación de senadores, de diputados y de gobernadores, casi a quince días de la dicha conferencia, el núcleo pacifista había conseguido resultados nada desdeñables. La presión sobre los obispos se reforzó haciéndoles ver que no podían dejarse distanciar del elemento progresivo del electorado. En las primeras horas de la conferencia, antes de iniciarse los trabajos propiamente dichos, los organizadores —su nombre oficial es «facilitador»— habían ya sometido a los obispos unos cuestionarios aparentemente oficiales en los que la respuesta «pacifista» les era sugerida. En la creencia de que se trataba de un documento sin importancia, todos rellenaron el cuestionario... que fue hecho público rápidamente por los periodistas traductores de la sala, a pesar de la previa promesa de que los resultados de esta semiencuesta serían estrictamente confidenciales. Así, en plenos trabajos ulteriores, pudieron los obispos leer en los periódicos que ellos se inclinaban, en su mayoría, por el desarme, la abolición de las «nucleares» y por la paz a cualquier precio.

Sin embargo, el episcopado, en su conjunto, no recibió más que alabanzas moderadas por parte de los medios de difusión; los héroes de la prensa fueron tres obispos que se consideraban como las reencarnaciones de los profetas judíos, que habrían estado, en cualquier circunstancia, por la paz. Interpretación

falsa, porque los profetas de Israel habrían, lógica y sobriamente, considerado la situación en su época del pequeño pueblo judío cercado de ambos lados por las «superpotencias», Asiria y Egipto. La neutralidad, la no-alianza —pero en absoluto el «pacifismo»— se impondrían. Los Estados Unidos se encuentran en una situación opuesta. Son una de las superpotencias sobre cuyas espaldas descansa la protección de numerosos aliados. Lo que no fue obstáculo para que el obispo Mathiesen, de Tejas, quisiera prohibir a los obreros el trabajo en las fábricas de energía atómica; para que Hunthausen, obispo de Seattle, declarara a la fábrica atómica local como «el Auschwitz» de su diócesis; y para que el obispo Gumbleton, de Detroit, atacase hasta a la doctrina de la Iglesia para proclamar a toda guerra ilegítima, inmoral, contraria a la posición de la Iglesia «de los tres primeros siglos».

Frente a estas «grandes voces proféticas y apostólicas», como les llamó una cierta prensa, los obispos «moderados» han tenido reacciones tímidas y «semi-clandestinas». Han querido a toda costa evitar el inscribirse falsamente contra la enseñanza doctrinal, contra la enseñanza de los cuatro Papas de la «edad atómica» y contra el parecer claramente expresado por el Vaticano. Pero buscan igualmente salvaguardar la solidaridad episcopal y servir a la causa de la humanidad mediante «un mensaje de vida». Saben lo suficiente como para reconocer en la famosa «segunda versión» una toma de posición que roza los límites del pacifismo, pero precisamente por esto se inclinan a suscribir una tercera versión en que ciertos pasajes peligrosos sean suprimidos o suavizados. Esta actitud de extrema prudencia es tanto más popular cuanto que muchas de las cartas que los obispos reciben por parte de los fieles dejan de lado las consideraciones políticas de Washington en materia de armamento atómico y se limitan a recomendarles que no desobedezcan a Juan Pablo II. En este campo, sin embargo, «obediencia» y «desobediencia» se convierten en problemas de difícil discernimiento. La tentación es así grande de optar por una fórmula «ni carne ni pescado» que permita a los obispos progresistas justificar con

su apoyo una oposición casi total a los proyectos concretos del gobierno.

La segunda versión, en efecto, no pone los puntos sobre las íes. Baña su texto en una fraseología emotiva y utópica. Exhorta a Washington a buscar la paz y el desarme. No pone la guerra fuera de la ley. Pero a fuerza de utilizar términos vagos y edulcorados hace creer, con su lenguaje milenarista, que la humanidad está a la puerta del paraíso, y que únicamente la guerra, agravada infinitamente por las armas atómicas, obstaculiza su entrada. Leyendo el texto se tiene la impresión de que el episcopado americano ha adoptado la consigna del filósofo británico Bertrand Russell: «antes rojo que muerto». Y esto hasta tal punto que algunas personas lúcidas en el ambiente de los obispos moderados los ponen en guardia contra el peligro de una nueva acusación de «americanismo», lanzada contra el catolicismo demasiado optimista, demasiado *pelagiano* (del monje Pelagio, siglo IV, que enseñaba que el hombre puede salvarse por sus solas obras, sin la gracia divina), por León XIII a fines del siglo pasado. En efecto, la adopción de la segunda versión equivaldría a decir a los fieles que su modo de vida es tan perfecto gracias a las realizaciones de la democracia, etc., que arriesgarlo en una guerra no sería razonable. El confort, diríase, antes que las verdades de la fe.

La esperanza de los moderados se cifra, a fin de cuentas, en los sucesos por venir, mezclados, sin embargo, en cada etapa con alguna recaída. El primero de año, el Soberano Pontífice ha destacado con energía en su declaración sobre la paz la necesidad de negociaciones graduales, siempre con garantías, sin las que nada sólido se construiría para los pasos siguientes. Pero, al mismo tiempo, los primeros días de enero han traído el nombramiento del Arzobispo de Chicago, Monseñor Bernardin, para el rango de Cardenal. Este Bernardin es el jefe destacado de los progresistas, hasta el extremo de que el clérigo-sociólogo Andrew Greeley, cuya obra novelesca raya en la inmoralidad, y cuya oposición a la *Humanae vitae* alcanzó grados escandalosos, es quien abiertamente intrigió para la elevación de su «protegi-

do», Bernardín, de Cincinnati (Ohio) a la sede prestigiosa de Chicago. Se pensó que esta campaña notoria y descarada le desprestigiaría; sin embargo, Bernardín no es hoy solamente Cardenal, sino también el presidente de la comisión encargada de redactar la tercera versión de la Carta Pastoral sobre nucleares. Hay que imaginar el trabajo que se ha realizado en *petit comité*, trabajo que ha permitido a Monseñor Gumbleton, ya citado, hacer días atrás esta ruidosa declaración: la segunda versión es la válida: el episcopado no volverá apenas sobre esa formulación.

Queda aún la esperanza de que los episcopados alemán y francés, a quienes la tercera versión será, en principio, sometida en el mes de mayo, se opondrá a un lenguaje tan radical. Piensan los moderados que sus colegas no querrán oponerse a los deseos de prelados tan prestigiosos como los europeos, que miden con mayor rigor los peligros de un pacifismo avalado por un documento de la Iglesia americana. Olvidan, en su optimismo, la presión que en sentido contrario ejercen los obispos de América del Sur, que siempre se apoyarán en el argumento de que Washington ha despreciado, explotado y colonizado a sus pueblos. He aquí la ocasión —para El Salvador, Nicaragua, Argentina, Chile— de corregir ese error, si no por el Washington de Reagan, al menos por la población católica de Estados Unidos, representada por la unanimidad de sus obispos.

No hay que presuponer, por consecuencia, que las posibles objeciones del episcopado franco-alemán pesen en la balanza. Y, ¿quién sabe si el Soberano Pontífice tendrá mayor influencia? Es cierto que desde el comienzo de la redacción (primera versión), el Vaticano —al que se sometió un anteproyecto— ha reelaborado las formulaciones excesivas y recomendado amplias reformas; pero, entre tanto, las pasiones y las posiciones se han ido exacerbando y el ala «profética» del episcopado se ha situado muy lejos de una declaración razonable y ortodoxa. La solidaridad jugará seguramente un papel de importancia, y no serán los entusiastas quienes otorgarán mayores concesiones.

Porque, seamos sinceros, no se trata sólo de obispos, dígase de sus consejeros, expertos y otros «acomodadores». Ni siquiera de los medios de información. Es en el interior mismo de la Iglesia americana donde la partida parece estar ultimada. Resumo aquí las confidencias que he recibido de dos o tres obispos, cuyo trabajo diario consiste en conversaciones con sacerdotes y religiosas de la «nueva ola». Tal religiosa —me dice Monseñor X— se sienta frente a mí, vestida a la moda del día, con una trabajada labor de peluquería, y me habla en un tono que ninguna joven se permitiría en absoluto. Me reprocha (y a través de mí a los obispos y a la misma Roma) que nuestra «prioridad» no es «la pobreza en el mundo». Le respondo (habla el obispo) que si ella y sus hermanas en religión se avinieran a vivir de nuevo modestamente en sus conventos y no exigieran apartamentos a todo confort, si trabajasen en hospitales y escuelas de vez de asistir a mítines, la Iglesia economizaría y podría dar más a los pobres, etc. Entonces la religiosa me mira desafiante y exclama: sus argumentos son una cortina de humo, un pretexto para ocultar su falta de interés hacia los verdaderos males que afligen a la humanidad: las guerras, las multinacionales, la intolerancia con las mujeres, los homosexuales, las minorías...

Fin de un diálogo, que recomienza diez veces por día. Y que tuvo su gran manifestación explosiva en dos ocasiones recientes: el 12 de junio de 1982, en la gran marcha de protesta antinuclear que dio trabajo y problemas a todos los policías de Nueva York. Los diversos grupos se concentraron en la catedral de San Patricio, en la Quinta Avenida, y se condujeron de un modo indescriptible. ¿Qué grupos (todos católicos)? Los dominicos por la paz, las lesbianas por la paz, los homosexuales, los niños, los parados, los curas casados, etc., todos por la paz. Según confesión de policías, rara vez se ha visto un desfile tan indecente, tan desenfrenado.

Servido este aperitivo, la conferencia episcopal de noviembre, más disciplinada, no hizo más que ratificar la opción de la

calle con «trucos», como la encuesta para la deliberación interna, intra-episcopal, pero publicada enseguida.

Habrà ahora que esperar hasta el mes de junio. Tres posibilidades se dibujan, sin excluir otras, imprevisibles, pero todas de la mano de los «progresistas», únicos que toman iniciativas en este orden de cosas: la publicación de la «segunda versión», con modificaciones mínimas para salvar la cara de los moderados; la publicación de una «tercera versión» con modificaciones sustanciales que pongan las cosas en orden; la suspensión indefinida de la publicación con nuevo comienzo de consultas. Dado que se trata del episcopado perteneciente a la primera potencia política y militar del planeta, cada una de las posibilidades tendrá graves consecuencias no sólo para los católicos sino también para el mundo entero y sus relaciones de fuerza. Sin prejuzgar el futuro, incluso el cercano, se puede ya dar por probable que será la primera posibilidad la que se realizará: una Carta Pastoral en forma correcta, con un contenido de tesis pacifistas que equilibrarán blandamente párrafos sacados de la doctrina oficial de la Iglesia.

Los moderados respirarán con alivio; los radicales considerarán a esa Carta como una primera etapa...